



El Niño de la Bola

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

JVA EDITORA



PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

El Niño de la Bola

Primera publicación: 1880

Edición de dominio público

JVA Editora

Nota de transcripción

Índice

[p. 1]

EL NIÑO DE LA BOLA.

[p. 2]



[p. 3]

EL NIÑO DE LA BOLA

NOVELA

POR

D. PEDRO A. DE ALARCON

SEGUNDA EDICION.

MADRID

IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ

CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 6

1880

LIBRO PRIMERO.

EN LO ALTO DE LA SIERRA.

I.

SINFONÍA.

Entre la vetusta Ciudad, cabeza de Obispado, en que ocurrieron los famosos lances de «*El Sombrero de tres picos*,» y la insigne Capital de aquella estacionaria Provincia, donde hay todavía muchos moros vestidos de cristianos, álzase, como muralla divisoria de sus respectivos horizontes, un formidable contrafuerte de la Sierra más erguida y elegante de toda España.

Cerca de diez leguas de espesor (las mismas que la Capital y la Ciudad distan entre sí) tiene por la base aquel enorme ~~espacio~~ ^{espacio} de la gran cordillera, mientras que su altura, graduada por término medio, será de seis ó siete mil piés sobre el nivel del mar.—Subir á tal elevacion por retorcidas cuestas, y descender de allí luégo por otras cuestas no ménos retorcidas, es la tarea comun de cuantos van ó vienen de una á otra comarca; cosa que sólo podia hacerse, á la fecha en que principia nuestra relacion, por un mal camino de herradura, convertido poco despues en un mucho peor camino carretero.

Ahora bien, amigos lectores: el primer cuadro del drama romántico de chaqueta y rigurosamente histórico (aunque no

político) que voy á contaros (tal y como aconteció, y yo lo presencié, entre la extincion de los Frailes y la creacion de la Guardia Civil, entre el suicidio de Larra y la muerte de Espronceda, entre el Abrazo de Vergara y el Pronunciamiento del General Espartero; en 1840, para decirlo de una vez) tuvo por escenario la cumbre de esa montaña, el promedio de ese camino, el tránsito del uno al otro horizonte; punto crítico y neutro, que dista cinco leguas de la Ciudad y otras cinco de la Capital, y en que, por ende, suelen encontrarse al mediodía y decirse «¡á la paz de Dios, caballeros!» los viandantes que salieron al amanecer de cada una de ambas poblaciones.

[pE] aquel un paraje rudo, áspero y pedregoso, sin historia, nombre ni dueño, guardado por esquivos gigantes de pizarra, donde la Naturaleza, vírgen y tosca como salió de las manos del Criador, vive pobremente, pero sin muchos cuidados, entregada á la dulce rutina de sus invariables quehaceres.— Tan árida y escabrosa es aquella region, que nadie ha entrado nunca en codicia de disputar á los animales silvestres el pacífico, inmemorial disfrute de las escasas hierbas y atroces matorrales que festonean sus riscos; por lo que, ni siquiera hoy, despues de la desamortizacion y venta de todo lo criado, figura tal arrabal del Planeta en el catastro de la riqueza pública.—Sin embargo, no vivian completamente á sus anchas, en la época de que va hecha mencion, los inciviles y sueltos moradores de aquella majestuosa soledad; pues, amén de las importunidades ordinarias que á ciertas horas les ha acarreado siempre la vecindad del sendero humano, solia acontecer por entónces con demasiada frecuencia, que ladrones en cuadrilla, ó no en cuadrilla, armados de terribles trabucos, acechaban allí á los viajeros inofensivos, y aún á la

misma Justicia del Estado, como en lugar muy á propósito, por lo estratégico, para librar batalla á las leyes sociales.

El dia de que tratamos (sábado, 5 de Abril), sería ya la una de la tarde, y áun no se habia divisado alma viviente en aquel pavoroso recinto, cerrado á la vista por las ondulaciones de las montañas subalternas. Hallábanse, pues, solos y gustosísimos los pájaros, las bestiecillas montaraces y los reptiles é insectos que lo habitan; todos ellos doblemente regocijados y juguetones á la sazón, con motivo de haberse dignado subir á aquellas alturas, á pasar unos dias en su compañía, la hermosa y galante Primavera...

Allí estaba, sí, la pródiga deidad, y bien se conocia donde quier el mágico influjo de sus gracias y donosura. En todas partes habia flores: en las solanas, en las umbrías, entre las peñas, en los mismos líquenes de las rocas, hasta en el tortuoso sendero frecuentado por el hombre, y en las cruces y lápidas conmemorativas de bárbaros asesinatos...— Respirábase un aire cargado de aromas deleitosos. Los pajarillos se decian sus amores con breves y agudos píos, que turbaban, ó hacian más notable y solemne, el hondo silencio del resto de la Creacion... Tambien se percibian de vez en cuando leves murmullos de arroyuelos que pugnaban por abrirse paso entre importunas guijas; pero muy luégo cesaba el rumor, por haber hallado el agua más cómoda ruta... Pintadas mariposas revolaban de acá para allá, no ménos lindas que las flores en que libaban, y más libres que ellas; mientras que tímidas alimañas y recelosas aves codiciadas por los cazadores retozaban descuidadamente, áun en el odiado camino de herradura... ¡Todo, todo era paz, y amor y